

El don

El don
El espíritu creativo frente al mercantilismo

LEWIS HYDE

INTRODUCCIÓN DE MARGARET ATWOOD

TRADUCCIÓN DE JULIO HERMOSO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The Gift

Copyright © W. LEWIS HYDE, 1979, 1980, 1983
Publicada con el permiso de CANONGATE BOOKS LTD,
14 High Street, Edinburgh EH1 1TE
Introducción © O. W. TOAD LTD, 2012

Primera edición: 2021

Traducción
© JULIO HERMOSO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2021
América 109
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-18342-13-4
Depósito legal: [M-37582-2016](#)

Impreso en España

Para mis padres
«Lo bueno se devuelve»

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
PRÓLOGO	19
INTRODUCCIÓN	23
PRIMERA PARTE	
UNA TEORÍA DE LOS DONES	35
1. Unos alimentos que no pudimos comer	37
2. Los huesos de los muertos	69
3. La labor de la gratitud	89
4. El vínculo	111
5. La comunidad del don	137
6. Una propiedad femenina	165
7. La usura: una historia del intercambio de dones	189
SEGUNDA PARTE	
DOS EXPERIMENTOS SOBRE LA ESTÉTICA DEL DON	233
8. El comercio del espíritu creativo	235
9. Un soplo de Whitman	259
10. Ezra Pound y el sino del dinero vegetal	335
CONCLUSIÓN	413
EPÍLOGO	
Al respecto de ser buenos ancestros	427
BIBLIOGRAFÍA	445
NOTAS	451
AGRADECIMIENTOS	473

¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla!
¡Soy alimento! ¡Soy alimento! ¡Soy alimento!
¡Me alimento! ¡Me alimento! ¡Me alimento!
¡Mi nombre nunca perece, nunca perece, nunca
perece!
¡Fui el primero en nacer en el primero de los
mundos, antes que los dioses, en el seno de lo
que no conoce la muerte!
¡Quien me entrega es quien más me ayuda!
¡Yo, que soy alimento, me alimento del que se
alimenta!
¡He vencido a este mundo!

El que lo sabe brilla como el sol.
¡Tales son las leyes del misterio!

TAITTIRĪYA UPANISHAD

De mis manos recibisteis los dones; los aceptasteis.
Pero no alcanzáis a entender cómo pensar en los
difuntos.
El olor de la manzana en invierno, de la escarcha y
del lino.
No hay más que dones en esta pobre, pobre tierra.

CZESŁAW MIŁOSZ

PRIMERA PARTE
UNA TEORÍA DE LOS DONES

1. UNOS ALIMENTOS QUE NO PUDIMOS COMER

I. EL MOVIMIENTO

Cuando los puritanos desembarcaron en Massachusetts por primera vez, descubrieron algo tan curioso en el sentimiento de los indios hacia la propiedad, que sintieron la necesidad de darle un nombre. En 1764, cuando Thomas Hutchinson escribió su historia sobre la colonia, el término ya era un dicho con solera: «“Un regalo indio” es una expresión consabida que se refiere a un obsequio a cambio del cual se espera otro equivalente», contaba a sus lectores. Esto aún lo utilizamos, por supuesto, y en un sentido más amplio aún, cuando a ese amigo que tiene la descortesía de pedirnos que le devolvamos algo que nos había regalado lo llamamos *Indian giver*.*

Imaginémonos una escena. Un inglés entra en un tipi indio, y sus anfitriones, que desean que se sienta bienvenido, le piden que comparta con ellos una pipa de tabaco. La propia pipa, tallada en una piedra rojiza de escasa dureza, es una ofrenda de paz que ha circulado de forma tradicional entre las tribus locales y ha permanecido un tiempo en cada tienda, pero, antes o después, siempre se ha vuelto a obsequiar. De manera que los indios, tal y como dicta la cortesía entre su pueblo, le regalan la pipa a su invitado cuando éste se marcha. El inglés está como unas castañuelas. ¡Es tan bonita que voy a enviarla al Museo Británico! Se lleva la pipa a casa y la coloca en la estantería sobre la chimenea. Pasa un tiempo, y los cabecillas de la tribu vecina se acercan de visita a la casa del

* En inglés, «indio que hace regalos», o también «el que hace regalos como los indios». [N. del T.]

colono. Para su sorpresa, el inglés descubre en sus invitados ciertas expectativas al respecto de su pipa, y el intérprete por fin le explica que, si desea dar una muestra de su buena voluntad, debería ofrecerles que fumen con él y después regalarles la pipa. Consternado, el inglés se inventa una expresión para describir a esta gente con un sentido tan limitado de la propiedad privada. Lo contrario del «indio que hace regalos» sería algo así como el «hombre blanco que se los queda» (o, quizá, «capitalista»); es decir, una persona cuyo instinto es retirar propiedades de la circulación y meterlas en un almacén o en un museo (o más bien, en el caso del capitalismo, guardarlas para utilizarlas de cara a la producción).

El *Indian giver* (o, en todo caso, el indio que dio origen a la expresión) entendía una propiedad cardinal del don: lo que hemos recibido como un obsequio, lo debemos volver a donar, no quedárnoslo. O, si nos lo quedamos, se ha de poner en movimiento en su lugar algo de un valor similar, de igual modo que una bola de billar se puede detener si transfiere a otra su inercia y la envía deslizándose sobre el tapete. Te puedes quedar tu regalo de Navidad, pero dejará de ser un regalo en el auténtico sentido del término a menos que tú también hayas regalado algo. Conforme va cambiando de manos, es posible que el obsequio retorne al primer donante, pero esto no es algo esencial. Es más, será mejor si el regalo no se devuelve, sino que se obsequia a un tercero, alguien distinto. Lo único esencial es esto: el regalo ha de estar siempre en movimiento. Hay otras formas de propiedad que se mantienen inmóviles, que marcan un límite o que resisten la inercia, pero el regalo sigue circulando.

Los pueblos tribales suelen distinguir entre los obsequios y el capital. Es común que cuenten con una ley que se haga eco de la sensibilidad implícita en la idea de un «regalo indio». Dicen que «el don de un hombre no debe ser el capital de otro». Wendy James, antropóloga social británica, nos cuenta que, entre los uduk del noreste de África, «toda riqueza que se transfiere de un subclán a otro, ya sean animales,

grano o dinero, lo hace en la condición de un obsequio, y debe consumirse, no invertir en su crecimiento. Si dicha riqueza transferida se añade al capital del subclán [ganado, en este caso] y se conserva para su crecimiento e inversión, se considera que ese subclán se halla en una relación inmoral de deuda con los primeros donantes del obsequio original». Si se toman un par de cabras recibidas como obsequio de otro subclán y se conservan para criar o para adquirir ganado, «se producirá una queja generalizada al respecto de que estos fulanos se están enriqueciendo a expensas de otro, que se comportan de manera inmoral al acaparar e invertir obsequios y que, por tanto, se encuentran en un estado de grave deuda. El grupo se imagina que no tardarán en sufrir el desastre de las tormentas...».

Las cabras de este ejemplo pasan de un clan a otro igual que la pipa de piedra se trasladaba de una persona a otra en mi escena imaginaria. Y ¿qué sucede entonces? Si el objeto es un obsequio, se mantiene en movimiento, que en este caso significaría que el hombre que recibió las cabras celebrase un banquete que diera de comer a todo el mundo. La devolución de las cabras no es necesaria, pero, por supuesto, tampoco se pueden reservar para producir leche o para criar más cabras, y se ha añadido un detalle más: la sensación de que sucederá algo terrible si no se trata un don como tal, cuando una forma de propiedad se convierte en otra. En los cuentos tradicionales, quien intenta aferrarse a un regalo suele morir; en nuestra anécdota, el riesgo es «el desastre de las tormentas» (en realidad, lo que sucede en la mayoría de los grupos tribales es peor que el desastre causado por una tormenta. Allá donde alguien se las arregla para comercializar las relaciones del don dentro de una tribu, el tejido social del grupo se destruye de modo invariable).

Si nos centramos ahora en un cuento tradicional, podremos ver todo esto desde una perspectiva distinta. Los cuentos populares son como los sueños colectivos; se cuentan con ese tipo de voz que oímos en los umbrales del sueño, mezclando

los hechos de nuestra vida con sus imágenes en la psique. El primer cuento que he elegido se obtuvo de una mujer escocesa a mediados del siglo XIX.

LA JOVEN Y EL DIFUNTO

Había una vez una anciana que tenía tres hijas. Un día, la mayor de ellas le dijo a su madre:

—Ya es hora de que salga ahí fuera a buscarme la vida.

—Voy a preparar una hogaza de pan para que te lleves un poco —le dijo su madre.

Cuando el pan salió del horno, la madre le preguntó a su hija:

—¿Prefieres llevarte un trozo pequeño con mi bendición, o quieres un trozo más grande y mi maldición?

—Preferiría llevarme el trozo más grande y tu maldición —respondió la hija.

Se marchó así por el camino, y cuando cayó la noche y lo envolvió todo, la joven se sentó al pie de un muro a comerse su pan. Cerca de ella se congregó una perdiz con sus doce polluelos y otros pajarillos del cielo.

—¿Nos darías un poco de tu pan? —le preguntaron.

—No quiero daros, bestias horribles —contestó ella—. No tengo suficiente para mí.

—Caiga sobre ti mi maldición —dijo la perdiz—, y la maldición de mis doce polluelos, y la maldición de tu propia madre, que es la peor de todas.

La joven se puso en pie y continuó su camino, y aquel trozo de pan no la había saciado ni a la mitad.

No había recorrido un largo trecho cuando divisó una casita, y aunque le pareció muy lejana, apenas tardó en verse ante su puerta. Llamó con los nudillos y oyó una voz que gritaba:

—¿Quién anda ahí?

—Una buena doncella que busca a quién servir.

—Justo lo que necesitamos —dijo la voz, y la puerta se abrió de golpe.

La tarea de la joven consistía en permanecer despierta todas las noches y velar a un difunto, el hermano de la señora de la casa, cuyo cadáver no hallaba el descanso. Como recompensa, la muchacha recibiría una montaña de oro y una montaña de plata, y mientras estuviese allí, podría comerse tantas nueces como fuese capaz de abrir, dispondría de tantas agujas como se le perdiesen, de tantos dedales como perforase, de tanto hilo como gastase y de tantas velas como consumiese, un lecho de verde seda sobre el que descansar y sábanas de verde seda con las que cubrirse, durmiendo de día y velando de noche.

Sin embargo, en la primera velada se quedó dormida en la silla. Entró la señora de la casa, que la tocó con un bastón mágico, la dejó muerta y la arrojó de la casa, al montón de los desperdicios de la cocina.

Poco tiempo después, la hija mediana le dijo a su madre:

—Ya es hora de que siga los pasos de mi hermana y salga a buscarme la vida.

Su madre le preparó una hogaza de pan, y ésta eligió también llevarse el trozo más grande y la maldición de su madre. Y cuanto le había sucedido a su hermana mayor, le pasó a ella también.

Poco tiempo después, la hija más pequeña le dijo a su madre:

—Ya es hora de que siga los pasos de mis hermanas y salga a buscarme la vida.

—Será mejor que te prepare una hogaza de pan —le dijo su madre—. Y ¿qué prefieres llevarte tú, un trozo pequeño con mi bendición, o un trozo más grande y mi maldición?

—Yo preferiría llevarme el trozo más pequeño y tu bendición —dijo la hija.

Se marchó la joven por el camino y, cuando cayó la noche y lo envolvió todo, se sentó al pie de un muro a tomarse su pan. Allí se reunió la perdiz con sus doce polluelos y los demás pajarillos del cielo.

—¿Nos darías un poco de eso? —le preguntaron a la joven.

—Os daré, criaturas hermosas, si me hacéis compañía.

Y así la joven compartió su pan, todos ellos comieron hasta saciarse, y los pajarillos batieron las alas a su alrededor para disipar el frío hasta que la joven se quedó plácidamente dormida.

A la mañana siguiente, divisó una casa muy lejana... [aquí se repiten las tareas y sus recompensas].

La joven permaneció despierta para velar el cadáver, co-siendo para pasar el tiempo. Hacia la medianoche, el difunto se incorporó y la miró con la mueca de una amplia sonrisa.

—Como no vuelvas a yacer como es debido, te daré una buena tunda con un palo —exclamó la joven.

El difunto se tumbó. Pasado un rato, el hombre se incorporó sobre un codo y la miró con la mueca de una amplia sonrisa; y lo hizo una tercera vez, se incorporó y la miró sonriente.

Esa tercera vez que se asomó el difunto, la joven le tundió con el palo, que se quedó adherido al hombre, y la mano de la joven adherida al palo, ¡y salieron de la casa! El difunto la llevó a rastras por el bosque, y allá donde resultaba alto para él, era bajo para ella, y cuando era bajo para él, resultaba alto para ella. Las nueces les golpearon en los ojos, y las ciruelas silvestres en los oídos hasta que atravesaron los dos el bosque, y entonces regresaron a la casa.

La joven recibió la montaña de oro, la montaña de plata y también una vasija de cordial. Encontró a sus dos hermanas, las frotó con el cordial y las devolvió a la vida. Y entonces se marcharon, y aquí sentada me dejaron; y si fueron felices, bien está, y si no, pues que vivan en paz.

Hay al menos cuatro dones en esta historia. El primero, por supuesto, es el pan que la madre entrega a sus hijas como regalo de despedida. Esto se convierte en el segundo don cuando la hija menor comparte el pan con los pájaros. Mantiene el obsequio en circulación, que es la moraleja del cuento. Además de su supervivencia, son varios los beneficios que llegan a la joven a consecuencia de haber tratado el don como corresponde.